



## LA HORA DE LAS RESPONSABILIDADES.

POR ENRIQUE GONZALEZ MARTINEZ.

Pedimos desde ahora al Gobierno que surgió hace breves horas del voto de las Cámaras, una ecuanimidad sin límites, una serenidad a toda prueba y un alto espíritu de justicia. La revolución que derrumbó todo el edificio dictatorial que, como la estatua bíblica, tenía los cimientos de barro, no encontrará motivos para infundir en el gobierno que de ella emane soplos de pasión ciega, ni desenfrenos de rencor. Esta conmoción, breve y quizás definitiva, entró por las puertas de la cordura y debe seguir por el camino de la equidad.

El gobierno emanado de esta revolución justiciera deberá ser consecuente con sus principios, y recordar que, desatada contra los más fieros ataques a la libertad, está obligada a ser tolerante con los errores del pensamiento y con las faltas políticas; pero debe recordar también que se alzó con una bandera de moralidad contra la corrupción de un régimen y debe ser implacable para exigir responsabilidades de orden moral, y severa en castigar a los que impudicamente traficaron con el honor de la patria, a los violadores de las garantías individuales y a los saqueadores del tesoro público.

La tolerancia para los crímenes es una criminal misericordia, porque permite la injuria del orden moral, sentando un punible precedente para los delitos futuros. No basta eliminar los malos elementos, sino que es preciso castigarlos. No basta retirar de las arcas públicas la mano del ladrón que las despoja; es necesario también que reintegre el hurto y complete con una pena corporal lo que hayan amenguado sus dilapidaciones. Y en cuanto a lo irreparable, cóbrese en sangre la sangre que vertió el asesino amparado por el manto protector del poder absoluto o encubierto con el antifaz engañoso de la razón política. Así se sabrá que la traición siempre es traición, y homicidio calificado el asesinato.

En nuestra historia dolorosa, la impunidad forja una cadena de prevaricaciones. Castigada la infamia colectiva, quedan individualmente a salvo los infames, y los especuladores pasean la ostentación de su latrocinio sin más estigma que el dedo de la opinión pública, dedo que, tarde o temprano, se causa de señalar al culpable. Y este ejemplo funesto que da ánimo a los tímidos codiciosos, se perpetúa a través de los años y contamina el alma de las generaciones.

El gobierno que rige ya los destinos de la República no debe esperar a que desaparezcan las huellas del delito para castigarlo. Tendrá en sus manos, cargados con todo el peso de toda clase de responsabilidades, a los que entraron a saco las arcas del tesoro nacional y a los que delinquieron por medio del asesinato: los unos paseaban ayer todavía su opulencia improvisada en trenes lujosos y en mansiones soberbias, en salas de juego y en vergon-

zosas orgías; los otros se ufanaban hace apenas unas semanas, del homicidio y de la traición, premiados con ascensos y honores. Y el gobierno, que deberá ser piadoso para los que pensaron mal, no tiene el derecho de ser compasivo para los que obraron mal a sabiendas y en provecho propio.

Que la integridad de los tribunales dicte su fallo justiciero sobre los inculpados, con tranquilidad serena, para que nadie sospeche que la venganza política usurpa el sitio de la ley. Pero que no sigan impunes en su rastaquerismo los ladrones, y cubiertos de cruces y entorchados los asesinos, sino que la justicia trate a cada cual conforme a sus obras. Porque ha llegado la hora suprema de las responsabilidades.

“El Heraldo de México”, mayo 27 de 1920.